



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Juana de Ibarbourou
(Discurso de Ingreso a la Academia)

Señor ministro; señores académicos; querido doctor Delgado, que me acaba de dar, brillante y generosamente, el espaldarazo de ritual; señores:

Acabo de recibir una de las dignidades más puras y más codiciadas de todo el país culto, donde los valores del espíritu y la inteligencia mantienen viva la antorcha insigne de la civilización creciente. Honor que es una magnanimidad más de mis compatriotas para mí, y ahora, en especial, de este ilustre cuerpo formado por los hombres más eminentes del Uruguay en todos los grandes, inmortales juegos de las letras, y que está presidido por uno de los seres más nobles y de más vasta inteligencia con que puede enorgullecerse el país. Me complazco en decirlo en este momento no por inclinada cortesía, sino con gustosa, erguida justicia.

Quedan así brillantemente señaladas mis bodas de plata con la poesía, por este don, que nunca osé ambicionar para aureola de una obra de juventud, toda ímpetu y sueños, que recién ahora ha ido adquiriendo, en nuevas etapas, esa profundidad que ahondan el dolor y la vida con sus sabios cinceles. Estoy aquí un poco asombrada, un poco aturdida tal vez por esta condición de sensibilidad vibrante, que no ha podido fortalecer ninguna lección de ese gran maestro que es el cotidiano vivir.

Todo, en mi destino, ha ido realizándose como por una magia, a veces maligna, a veces amable, a veces milagro del lado de la luz, a veces sombría proyección de la sombra. En la mañana de hoy me siento como en el centro de un círculo de claridad de sol en el cenit.

En este momento en que la cultura técnica está absorbiendo todas las actividades y todas las ambiciones para el mayor progreso material del mundo, la cultura exclusivamente intelectual, "la cultura desinteresada", para el alma y sus sueños de belleza superior, se va relegando a un segundo plano, caso no nuevo en la historia y cuyas consecuencias han sido siempre el descenso del nivel espiritual y moral de los pueblos, que es el camino de su perdición. Porque la riqueza y la potencia económica sin ideales que las equilibren en la balanza de la armonía universal, traen el reinado del materialismo devastador, capaz de arrasarse con todas las conquistas científicas y llevar al hombre, en una lucha de competencias suicidas, a su propia destrucción. "La cultura desinteresada", la que mantienen como una antorcha entre el tumulto los hombres que escriben, sueñan y crean, los filósofos, los poetas, los místicos, los artistas, es el aire oxigenado en el subterráneo de los tesoros, es la defensa del espíritu frente al triunfal dominio de las fuerzas exactas.

Esparta no entregó a la Humanidad un solo artista, un solo pensador inmortal, nada que haya podido salvarla de caer, después de su duro auge, en la oscuridad y la miseria, en tanto que Atenas sobrevive a todas sus cruentas pruebas históricas, porque, más alto que es estadio tuvo el ágora y sobre el ágora el mito, que es la poesía y el ensueño. Una Academia de Letras significa un reducto de esta cultura desinteresada que ha de salvar la otra para que no perezcan todas. En el aire de América, las alas de Ariel, que pudo rozar la mano gloriosa de Rodó, vibran entre el zumbido de los aviones y el coro acompasado de los motores, bajo los cuales es muy débil ya la voz de los poetas.

¡Ellas nos salvaguarden! ¡Impidan ellas que en el continente del porvenir la idea que dirige el paso ascensional de los hombres y la voz en que se han erguido los salmos eternos tengan menos valor que las manos que construyen y la inteligencia puramente especulativa! América habrá salvado y reivindicado a una Humanidad frenética por sus victorias sin alas.

Se está diciendo con harta frecuencia que no es ésta la hora del canto, como no esté al servicio de alguna causa política o social, para que contribuya a levantar el hervor de las masas y dirigir las por determinados caminos.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Pero esto es circunstancial y, aunque creo en su necesidad y eficacia, reclamo para la poesía su valor universal y eterno, que es algo así como la música de las esferas sobre el mísero y tremendo desconcierto de los seres, que pueblan tal vez muchos mundos como éste, en que el hombre combate, blasfema, reza y canta. Yo, que recibo anualmente centenares de cartas de todos los países de América, sé bien que la hora del verso lírico no pasará nunca, porque todo ser humano que sufre, ama o está viviendo la etapa mágica de la juventud necesita tener sobre la cabeza un ideal tan alto que no lo alcancen sus manos, y que corresponde a sus más íntimos sueños; florescencia del espíritu, humano y universal, que hace que, inevitablemente, así como “las estrellas miran hacia abajo”, siempre haya un momento del día o de la noche en que los hombres necesiten dirigir su mirada a lo alto. Y no es el himno de batalla, no es el poema de combate, los que han de acompañarlo en esa tregua recogida, alivio de los nervios tensos, óleo y bálsamo para el alma siempre en lucha con las fieras que crea y desata la condición humana. El romanticismo es inmortal. Gustavo Adolfo Bécquer seguirá viviendo entre el fulgor de las discordias, y, generación a generación, sus rimas acompañarán el paso de la juventud de habla española. Desde su inmortalidad, los clásicos castellanos, cimiento de nuestra opulenta, magnífica literatura, vigilan su desarrollo, sus caídas y sus victorias, y su grandeza. Ellos nos salvarán siempre.

No importa el oscurecimiento de una hora, el extravío de un momento, los ismos importados por la inevitable curiosidad de los jóvenes. Es recio el Arcipreste de Hita; dominan con su pura maestría, Fray Luis, santa Teresa, San Juan de la Cruz, Gracilaso, Miguel de Cervantes todas las piedras sillares que sostienen el magno edificio de nuestra lengua. América hace el aporte de las sentencias y palabras que le dan propio calor y fuerza expresiva. La Real Academia no desdeña ya esta riqueza con que el continente hijo de España aumenta su causal. Lo demás, la broza del lunfardo y los bajos modismos regionales, no cuentan. Es el mantillo en el suelo del pinar. El Martín Fierro, de Hernández, realizado en un castellano que ya tiene el debido fuerte tinte de criollismo, es su gran hijo americano. El tronco de la encina secular se bifurca. Pero la misma savia, los mismos jugos circulan por los dos ramajes.

Muy difícil es hablar de la propia obra, cuando se ha hecho sin escolástica y sin ambición. Pueden decirse muchas cosas de un río o de un mar. Pero ¿qué se ha de contar de una fuente sin cauces, en la que el agua murmura nada más que para su creador y para sí misma? Recién ahora, con un caudal de vida de duras pruebas, de pedazos de conocimientos universales que me han ido llegando por todas las vías de la lectura y la experiencia, es cuando mi poesía abre los ojos hacia sí misma y empieza a saber por qué se hizo cantos. Ahora yo sé también que es tan mía como mi sangre, y que seguirá siéndolo, como es propio de cada uno su calor de salud y el brillo de los ojos vivos. Entre las brumas del pasado, como dos figuras casi ajenas a mí, veo a aquella niña imaginativa y silenciosa que fui en la infancia; a la muchacha sensible, apasionada, de la adolescencia, y veo que ambas ya tenían el fervor del verso.

Era español mi padre; y sentado en su sillón de hamaca, bajo el rico dosel del emparrado, solía recitar enfáticamente los cantos de Espronceda y las dulces quejas de su nemorosa Rosalía de Castro. Nunca conocí fiesta mayor. Y ahí está lo que puede llamarse el génesis de mi vocación poética, o, con más propiedad, el comienzo de su ejercicio. Hice versos desde una edad que no sé contar, pero que constituye una cifra mínima. Dios sabe cómo serían y por qué fraternal bondad me los publicaba en su diario El Deber Cívico, de Melo, Cacho Monegal, que un día me regaló un ejemplar de la Retórica y Poética, de Campillo, en el que aprendí de memoria, deslumbradamente, cosas que sólo mucho más tarde pude asimilar y comprender.

Después, la vida..., la vida con los sueños, el amor, la fe, las decepciones, la esperanza inmortal, fue haciendo esa obra que ahora tiene ese premio: una orla de laureles sobre el borde de la fuente. La historia es simple, pero no excluye lo maravilloso, es decir, el prodigio y el milagro. Sobre la sencilla urdimbre se ha ido bordando un tapiz de rica fantasía y de cálida amistad continental. ¿Cómo? Ni yo mismo lo sé. La muchacha de Cerro Largo no pudo soñar jamás que desde su casa pueblerina llegaría hasta el alto sitio de la Academia de Letras de su patria. Se va andando, se va sufriendo, se va cantando. Puedo decir que Dios tuvo para mí la mano mullida de dones, aunque el diablo no haya dejado de soplar su hollín sobre ellos.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

Pero el Omnipotente resplandece hasta para la yerba más pequeña; y yo confío siempre. He sido fiel a mi vocación desde la adolescencia hasta ahora. Fiel, en esta ajetreada comedia que es la vida, esta comedia de grandes y pequeños episodios sucesivos y distintos, ¡sabiduría divina!, porque sin la renovación constante el ser envejece doblemente y el verso caduca más pronto que la criatura humana. Este patético oficio de poesía es el más dulce y a la vez el más exigente de todos. El verso es un niño que siempre está naciendo y uno no sabe siquiera por qué camino de oscuridad o resplandores ha de echarse a andar.

Se le da, como a toda creación, el alma, pero es preciso estar alerta y no evadirse de la época, no desdeñar ninguna nueva escuela que se imponga por auténticos poderes y tomar de ella, con sutileza y experta elección, los elementos necesarios para que el poema tenga siempre novedad y frescura, junto a su íntimo valor de inspiración, alma e idea.

Porque, desde luego que no se guarde para el goce secreto de su posesión, el destino del poema logrado depende mucho del juicio del público al que se entrega ese hijo de grandes o pequeñas alas, de hermosa corona o pobre túnica. ¡Bien equivocados estarían los que supiesen que esto quiere decir blandura acomodaticia y concesiones versátiles! No.

Es con mi sentido de mujer que comprendo tal vez más dúctilmente el valor de la armonía con la hora que se vive. Amo a los clásicos; amo sus concepciones eternas, las formas por ellos creadas y hasta ahora nadie ha logrado superar. Dictaron normas incommovibles, leyes que no se pueden transgredir, sin caer en el desequilibrio. Pero amo también ese elemento nuevo y brillante de la imagen en fastuosa abundancia, que intuyó Góngora; filigrana de oro constelada de gemas, juego de orfebre, divino orvallo sobre la inmutable belleza de la rosa.

Señores: os puedo asegurar que desde mi puesto ilustre seguiré siendo para la poesía la misma servidora, la misma deslumbrada esclava que hasta hoy. No he de sentarme en el sitial académico como el que al fin ha llegado a la meta y ya queda exento de seguir en el doloroso ejercicio de desnudar su alma y entregar sus sueños a una multitud de la que sólo una pequeña minoría es capaz de comprender el holocausto.

Mi divisa puede ser ésta: "Soy fiel", y la poesía me tendrá hasta la muerte.

Montevideo, 7 de noviembre de 1947